

pena y que no ofrecen nada serio ni agradable, se ha dicho á sí mismo desde un principio que no había más que un modo de no caer en el hastío y en la insipidez y era lanzarse sobre Cástor y Pólux y hablar con la mayor frecuencia posible alrededor, por encima y por debajo de su asunto. Ha pedido mucho á la imaginación, á los azares del encuentro, á todas las zarzas del camino: y éstas le han dado mucho. El Sr. Janin es un descriptivo cuyo principal mérito consiste en el acierto y en las sorpresas del detalle. Se ha creado un estilo que, en sus buenos días y cuando brilla el sol, recuerda esas telas de gasa, transparentes y ligeras, que los antiguos llaman *aire tejido*, y también ese estilo rápido, picante, centelleante, servido al minuto y que hace el mismo efecto de un sorbete tomado en el verano bajo un emparado. (SAINTE-BEUVE).

Pero aquí tenemos á Sainte-Beuve uno de los nombres más ilustres y que merece que nos detengamos un momento.

Sainte-Beuve (1804-1869) hizo excelentes estudios. Tengo á la vista unas quince « composiciones francesas » hechas por él á los diez y ocho años, en 1822, cuando era alumno de retórica en el Colegio real de Borbón. Nada tienen de vulgar ni mediocre; y trastornan algo la leyenda que amenaza á los alumnos más distinguidos con terminar su vida siendo covachuelistas. No es forzosamente una mala nota para la vida el haberlas tenido buenas en el liceo y ganado premios en el concurso. Estas composiciones del alumno Sainte-Beuve y estos desarrollos que una retórica artificial señalaba como ejercicios al espíritu de que debían brotar los *Lunes*, son curiosas.

Se distinguen sobre todo por dos cosas: la solidez del armazón y de los conocimientos y la elegancia y abundancia de la forma. Y sin embargo, era un mérito el mostrar estas cualidades desarrollando asuntos tan fastidiosos como *Timoleón defendiendo la estatua de Gelón ante el pueblo*, ó *Discurso de Pinto al duque de Braganza*. El alumno Sainte-Beuve sobresale en el arte de disponer, de preparar sus recuerdos, y de rellenar el período. Sabe mucho y sabe demostrarlo sin que se note demasiado. Se muestra ya amigo del documento y de los juicios personales; posee enorme lectura y gran cantidad de notas. Forma con su prosa un mortero sólido y compacto al que dan trabazón multitud de hechos. Sus composiciones son resúmenes hábiles, recuerdos bien traídos, consideraciones que se hallan en su lugar, ya se trate de Alejandro moribundo que echa una mirada sobre su vida, ya del abad de Saint-Denis que traza la vida de san Luis en una página que podría figurar en su historia. Era entonces moda obligar á los alumnos de retórica á encarnarse en la persona de los reyes, de los generales, de los jefes políticos é imaginar sus discursos. Hoy día se hacen disertaciones morales y literarias que están al alcance de los alumnos y eso vale más. En aquel tiempo se encargó á Sainte-Beuve y á sus discípulos que tomasen la palabra en nombre de Luis XII ante el con-

cilio de Tours; pero no es seguro que el rey hablase tan bien como aquel retórico. Obsérvese la firmeza de estilo en esta composición sobre Pericles:

Pericles había experimentado la suerte de los grandes hombres de Atenas, un favor excesivo seguido de una abrumadora desgracia. Sin embargo á pesar de su poderío pasado y de su presente abatimiento, no tenía acusadores; la gente honrada respetaba sus virtudes y los malvados tenían miedo á su talento; recordaban los unos que no había hecho llevar duelo á nadie, y los otros, que lanzaba de su boca truenos y relámpagos. Demasiado cobardes á la vez para afrontarle cara á cara y para perdonarle, sus enemigos le atacaron en sus afectos; se acusó de impiedad hacia los dioses á Fidiyas y Anaxágoras: al primero, que los había representado tan magníficamente, y al segundo que tan profundamente los había conocido. Conmovero por el peligro que había causado, Pericles, á fin de conjurarlo, sacrifica su orgullo; se pone el traje de los acusados, coge en sus manos el ramo de los suplicantes y se presenta en la plaza pública, no sabiendo si va en busca de un último favor ó de una nueva afrenta.

Es de notar que no se ve en él aún ningún rasgo de predisposición al romanticismo, á pesar de que los asuntos le invitaban á ello. Pues ya se trataba de Carlomagno reuniendo á los grandes en su palacio, ya de la traslación á Saint-Denis de las cenizas de san Luis, ya de la excursión por Suiza de Carlos el Temerario. No hay en esas páginas ni colorido ni penacho: son frías y clásicas, ya porque el romanticismo no hubiese saltado aún los muros del colegio, ya porque se guardasen muy bien de hacer ver al profesor que lo conocían. Otro rasgo digno de notarse es la fecundidad abundante y límpida del estilo. Al fin acabaría por fatigar, pues presenta la idea bajo formas variadas, manosea el mismo razonamiento, presenta con cuatro ó cinco trajes diferentes el mismo pensamiento como pródigo ropavajero. Debía leer mucho á Séneca. Seguramente ignoraba entonces que había de ser romántico y hasta tal vez que sería librepensador y que su entierro civil causaría un escándalo. Su abad de Saint-Denis exclamaba con fervor:

¡ Oh qué puras son esas alegrías del héroe cristiano que va á conquistar el sepulcro de su Dios! ¡ Qué vivos é inagotables esos ardores que abrasan su alma al pensar en Jerusalén! ¡ Cómo ansía derramar su sangre no lejos del Calvario, lavar sus heridas en las ondas del Jordán, apagar su sed en el torrente Cedrón! Y, si ha llegado su última hora ¡ cuán dulce le parece la muerte en los lugares en que murió Jesucristo!

Como se ve, no tenía dificultad alguna en prestarse á los arranques de la fe por medio de la imaginación. ¡ Qué ardor juvenil! ¡ Qué fogosidad! ¡ Qué fuego! ¡ Qué exclamaciones! ¡ Qué interjecciones! ¿ Y por quién metía todo este ruido, santo cielo? Por Califonte, por Biron el culpable, por Demonax ó por Pinto.

¡Cómo se agita! Es un terrible abogado, y no tiene la culpa si su cliente no gana el pleito. Se trata de una obra de dialéctica. ¿Acaso no se habló en Atenas, ciento veinte años antes de Jesucristo, de dar combates de gladiadores? ¿Cómo? ¿Qué vergüenza! ¿Habría que verlo!

¿Qué hicieron los romanos para ser valientes? Tuvieron costumbres austeras, una vida dura, y una pobreza varonil. ¿Tenían gladiadores en tiempo de Rómulo ó de Bruto? ¿Eran por eso menos valientes entonces que lo fueron después de vencer á Italia y conquistar á Tarento? ¿Acaso tenían necesidad vuestros mismos antepasados de ese mismo espectáculo para dar alimento á su valor? ¿Asistió Temístocles á los juegos del circo antes de ir á vencer á los persas? ¿Vió acaso degollar á algunos prisioneros ó á algunos esclavos para aprender á combatir como hombre libre? ¡Ah! ¡era otro el manantial de su audacia!

¡Buena acogida tendrán los gladiadores! ¡Feliz juventud que se exalta con esa facilidad por cuenta del ateniense Demonax!

¡Oh! ¡qué personajes, esos personajes exhumados por el profesor y galvanizados por Sainte-Beuve! ¡Carlomagno hace prever el Renacimiento y la Pléyade, y Felipe el Atrevido cuenta de antemano la Historia de Francia! Pero no miremos las cosas de tan cerca. Estas composiciones son de un excelente alumno que prometía y, á lo menos por esta vez, el árbol debía cumplir la promesa que hacía con sus flores, que sin embargo sólo eran flores de retórica.

Al entrar en la vida, se interroga examinando con una mirada el campo de las letras:

Venu bien tard, déjà quand chacun avait place,
Que faire? Où mettre pied? En quel étroit espace?
Les vétérans¹ tenaient tout ce champ des esprits.
Avant qu'il fût à moi, l'héritage était pris.
Les sentiments du cœur, dans leur domaine immense,
Et la sphère étoilée où descend la clémence,
Tout ce vaste de l'âme et ce vaste des cieus,
Appartenaient à l'un, au plus harmonieux.
L'autre à de beaux élans vers la sphère sereine
Mélait le goût du cirque et de l'humaine arène;
Et pour témoins, au fond, les lutins familiers,
Le moyen âge en chœur, heurtant ses chevaliers,
Emerveillaient l'écho! Sous ma triste muraille,
Loin des nobles objets dont le mal me travaille,
Je ne vis qu'une fleur, un puits demi-creusé,
Et je partis de là pour le peu que j'osai².

1. Alude á Lamartine, Victor Hugo y Alfred de Vigny.

(N. del T.)

2.

Qué hacer? ¿Dónde moverme en tan estrecho espacio?
Tarde llegué; su puesto tenía cada cual
Invaden los antiguos el campo del espíritu.
Antes de mi llegada, hecho el reparto está.

Fué poeta (*Poésies de Joseph Delorme, Consolations*) y hasta novelista (*Volupté*). (Véase Lacordaire, en este volumen). Pero su verdadera vocación fué la crítica. Teófilo Gautier le llamaba familiarmente mi tío Beuve lo cual, huele á dulce afecto. Pero sus enemigos — y su crítica literaria se los creó en abundancia — le apellidaban *Sainte-Bave* (Santa Baba). Esto es cruel é injusto. No hay perversidad en las *Causeries du Lundi, Nouveaux Lundis* et *Portraits littéraires*. Es el repertorio de la gente de buen gusto; el estilo es tan fácil y tan desembarazado, que se le sigue largo tiempo sin fatiga, se siente uno encantado de oírle y se le abandona con pesar, como cuando se despide uno de un conversador agradable¹.

La misma variedad de sus artículos, lejos de resentirse por la diversidad, reposa el ánimo. Es el último representante de aquellos buenos periodistas de otros tiempos que hacían artículos suficientemente pensados y sólidos para sobrevivir, no digo al que los firmaba, sino á la fecha en que fueron escritos.

Sainte-Beuve es un curioso encantador, un perito delicado, un crítico de sólidos conocimientos, que habla la lengua más flexible, más seductora, más llena de imágenes y más rica en aciertos y en expresiones felices. Lo ha leído, lo ha visto y lo ha juzgado todo; hay que consultarle y citarle sobre todos los asuntos de nuestra literatura y sobre muchos puntos de nuestra historia. Sus retratos están tan llenos de vida y tienen tan maravillosa expresión que, con raras excepciones, pueden llamarse definitivos. Jules Levallois, que estaba al corriente de su método de trabajo, nos dice en confianza:

Luego que su elección se fijaba en un personaje, multiplicaba con infinita habilidad los medios de información. Á decir verdad, parecía dominar el asunto antes de tratarlo. Todo se reunía en él para permitirle entrar de lleno en el estudio que iba á emprender: una lectura inmensa, una memoria dócil, una penetración maravillosa para sorprender las más lejanas y ocultas relaciones y para combinarlas entre sí, una destreza particular para

Los sentimientos íntimos en su dominio inmenso,
Y la estrellada esfera do mora la piedad,
Vasta región del cielo y del humano espíritu
Al más armonioso se adjudicaron ya.
Otro á hermosos impulsos hacia la esfera etérea.
Une el gusto del circo y la humana crueldad,
Teniendo por testigos los duendes familiares
Y de jinetes rudos el coro medioeval.
¡Llenan mi humilde albergue maravillosos ecos!
Lejos veo los nobles objetos de mi afán.
Sólo una flor diviso, y un pozo medio abierto;
Y con tímidas alas de allí intento volar.

1. Tenía yo una manera, me había acostumbrado á escribir de un modo especial, acariciando y refinando mi pensamiento; me complacía en él.

La necesidad, esa gran musa, me ha obligado bruscamente á cambiar: esa necesidad que, en los momentos críticos, hace que hable el mudo ó que el tartamudo articule, me ha obligado, en un momento á crearme una expresión neta, clara, rápida, á hablar á todo el mundo en la lengua de todo el mundo, y le estoy agradecido por ello (*Portraits littéraires*).

poner de relieve detalles que, á primera vista, podían suponerse insignificantes, y circunstancias que ni siquiera habían notado los mismos interesados. Calcúlese que, para realizar este trabajo, no disponía la mayor parte del tiempo, sino de ocho días. En este breve espacio, había que hojear numerosos y grandes volúmenes, escoger las partes que podían parecer más características, estudiar las biografías y recoger informes y comprobarlos. Hubiérase creído que era esto imposible y sin embargo la evocación se realizaba con prestigiosa rapidez, con una regularidad que denotaba tanta seguridad en la mano como poder en el cerebro. Bastábale un día para trasladar su obra al papel y realizar la armoniosa fusión de tantos materiales. Había por de pronto una redacción primera, enteramente de mano de Sainte-Beuve, porque, contra lo que se ha creído, no improvisaba ni dictaba espontáneamente. Sin embargo el manuscrito autógrafo presentaba el gran inconveniente de ser muy difícil de leer y hubiera desesperado á los tipógrafos. Era pues preciso ponerlo en limpio. Entonces es cuando dictaba el maestro y era preciso que la mano del secretario no fuese perezosa. Sainte-Beuve se impacientaba fácilmente. En aquel primer período de trabajo, no hubiera sido prudente multiplicar las paradas so pretexto de hacer observaciones: «No hay que molestar al caballo mientras corre», decía á veces. La parte de las reservas, y aún de las contradicciones muy respetuosas, pero sinceras, venía más tarde, en la corrección de pruebas, cuando se releía el artículo des-cansadamente.

¡Oh! ¡Las pruebas, era el gran negocio, la operación importante y delicada! Seguramente es muy hermoso haber creado y echado al mundo, en ocho días, un nuevo sujeto bien conformado; pero hace falta todavía presentarlo decentemente ante el público, y proceder á su aseo¹. Había que leer con escrúpulo, y releer con encarnizamiento. ¡Qué caza á las expresiones dudosas, á los detalles parásitos y sobre todo á esas repeticiones que son la plaga del estilo! No debía entregarse al público, sino un texto rigurosamente limpio. No hay que creer que este cuidado meticuloso se aplicaba únicamente al artículo del día. Jamás reimprimía Sainte-Beuve una de sus obras sin someterla á la revisión más atenta. Antes de dar la orden de tirada, se leían algunas pruebas hasta siete veces.

Á pesar de sus aspiraciones careció de elevación suficiente en su doctrina, que á veces amenaza desmoronarse; ve más bien de cerca que desde lo alto; tiene curiosidades de micrógrafo que se divierte sin fastidiarnos jamás y que exclama: «La crítica es una disección ligera.»

Hechas estas reservas, ¡qué hombre tan encantador y que guía tan amable!

Hace pensar en la impaciencia que debían sentir los suscriptores del *Moniteur* el día en que el periódico les llevaba un nuevo *Lunes*, y en su alegría al leer en sus primicias aquellas páginas deliciosas que du-

1. ¡Cuán pocos entre nosotros, se cuidan de este aseo del estilo! Por de pronto la ortografía, no preocupa grandemente ni á escritores ni á tipógrafos, con honrosas excepciones. ¡Qué anarquía! Poseo una edición del *Quijote* hecha en Madrid hace algunos años, llena de erratas, hijas de la ignorancia y descuido. Allí hay *mugeres*, con *g*, *ojear* (*de hoja*, sin *h*; *hechar* con su *h* correspondiente) y otras lindezas. (N. del T.)

rante largo tiempo serán la más seductora enciclopedia literaria de nuestra época. No han envejecido en manera alguna. Tienen siempre la misma buena cara y la misma frescura en los volúmenes encuadernados. Va á hacer cuarenta años que murió y su figura empieza á borrarse y á esfumarse detrás del velo espeso de los años y de la pila de sus volúmenes. Ya empieza á entrar en la historia y hay quien se apresura á recoger los elementos de una *Bovaeana* que será mas difícil de hacer cada día. Las ocurrencias, los recuerdos de los contemporáneos y las anécdotas son florecillas que brotan durante algún tiempo sobre las tumbas recién abiertas y que no tardan en secarse; desaparecen y no hay quien las fije en los herbarios de los archivos.

Ha habido tres Sainte-Beuve: el nuestro (1804-1869) natural de Boulogne-sur-Mer, lo cual le hacía decir: «Desearía ser inglés; á lo menos un inglés es alguien. Por lo demás, tengo algo de sangre inglesa. Soy de Boulogne y mi abuela era inglesa.»

Además Sainte-Beuve, abogado diputado del Oise (1819-1855), y antes que estos dos, un Jacques de Sainte-Beuve que vivió en tiempo de Luis XIV, profesor de teología y casuista afamado, algo jansenista; en honor suyo y para establecer una filiación, por otra parte dudosa, firmó nuestro eminente crítico durante algún tiempo *de Sainte-Beuve* é hizo su hermoso y gran trabajo sobre Port-Royal.

La obra de Sainte-Beuve sigue siendo el repertorio más literario, más lleno de atractivos, más seguro y más variado para quien quiera enterarse de cualquier asunto desde la antigüedad hasta este siglo, desde Meleagro hasta Gil Blas, desde Safo hasta la Sra. de Verdelin, y desde Turena hasta Lamennais; es una de las más vastas conquistas que haya realizado jamás un literato exquisito. En cuanto á su persona, poseemos retratos ó caricaturas hechos por sus contemporáneos. Entremos primero en su casa, en la modesta casita de la calle Montparnasse, que existe todavía y que tiene una lápida conmemorativa. Nos sirven de guía los hermanos Goncourt, esos habladores murguistas que iban en ese mismo día á solicitar un artículo.

Sainte-Beuve vive en la calle Montparnasse. Nos abre la puertecita un ama de gobierno, mujer de cuarenta años, que parece una institutriz de buena casa. Nos introduce en un salón tapizado con papel color de granate con muebles de terciopelo rojo, estilo Luis XV de un tapicero del barrio latino. Salón burgués solemnemente frío. Recibe la luz, triste y pobre, de un jardincillo cerrado por una gran tapia y á través de los enredados, flacos y negros sarmientos de una parra. Subimos por una escalerita complicada á la habitación de Sainte-Beuve, situada encima del salón, habitación justamente en que se ve, al entrar, una cama con su edredón; en frente hay dos ventanas sin cortinas; á la izquierda dos bibliotecas de caoba llenas de encuadernaciones estilo Restauración, que muestran en los lomos labores según el gusto gótico de Clotilde de Surville; en medio de la habitación hay una mesa

cargada de volúmenes, y en los rincones, pegados á las librerías, hay montones de periódicos y de folletos, apilados en confuso desorden propio de una mudanza: es el aspecto de una habitación de fonda habitada por un benedictino.

He aquí ahora á Sainte-Beuve comiendo :

Llega Sainte-Beuve vestido como un modesto tendero de provincias, saca del bolsillo un gorrito de seda negro que se pone para preservarse de las corrientes de aire. Le hablo de los artículos del *Constitutionnel* :

«Si, todavía me quedan veinte meses, con dos de licencia. Es el tiempo de mi contrato. ¡Qué le hemos de hacer! Tengo ciertas facilidades para saltar de un asunto á otro aunque sea esto lo más fatigoso de mi trabajo. He enseñado en Lieja tres veces por semana. He dado veintidós lecciones sobre Bossuet... Además, doy todo lo que tengo: el fondo de mis notas. Vacío mi saco. Estoy quemando mis últimos cartuchos.»

Sainte-Beuve á los postres :

En este momento de la comida, Sainte-Beuve reanimado por sus recuerdos, se hace unos zarcillos de cerezas.

Sainte-Beuve después de comer :

Después de comer habla Sainte-Beuve de sus grandes peleas en la Academia. — los jueves, cuando tenía excitados los nervios, é irritada la bilis por la excitación de su artículo del *Constitucional*. Confiesa, que estando en su casa, y á consecuencia de un ligero altercado con Villemain, llegó hasta gritarle que era tan despreciable como... y á amenazarle con el paraguas. Porque en todas las grandes acciones de Sainte-Beuve figura siempre un paraguas.

Sainte-Beuve después de despedirse :

Al volver por la carretera de Versalles, durante una hermosa y fría noche, Sainte-Beuve, con su gabán gris desabrochado y su chaleco de color de gamuza, — le gustan los colores claros, juveniles y primaverales—, caminando con paso nervioso y casi rabioso, nos habla de la Academia, que no, es según dice, lo que se piensa... la Academia tiene un miedo atroz, el miedo de la Bohemia. Cuando no han visto á un hombre en sus salones, no quieren oír hablar de él; le temen; no es un hombre de su sociedad. Á esto se debe, según creo, que Autran tenga probabilidades. Es un candidato de baños de mar; se le encuentra en las estaciones balnearias y tiene fortuna. Además es de Marsella, y tiene á su favor á Thiers, á Mignet y á Lebrun, los tres hermanos provenzales que establecerán el tacto de codos para votar por él.

Los toques pequeños constituyen el encanto y la pequeñez de la conversación de Sainte-Beuve. Nada de ideas elevadas, nada de grandes expresiones, nada de esas imágenes que hacen destacarse en bloque una figura. Todo aquello es agudo, menudo, puntiagudo; es una lluvia de frascillas que pintan á la larga, como por superposición y amontonamiento. Una conversa-

ción ingeniosa, llena de gracia pero de poca substancia; una conversación donde hay gracia y epigramas, cierto gracioso runrún, arañazos y suavidades.

Casi se oye hasta el sonido de su voz :

Sainte-Beuve tiene una especie de ligera salmodia que le hace pasar de un pensamiento á otro y liga su palabra: « ¡Hum! ¡hum! » hace de vez en cuando, y continúa.

Dice no obstante cosas interesantes y es un placer el oírle.

Pero veamos ahora otro cristal de la linterna. Sainte-Beuve solicitado para presidir el banquete anual de los antiguos discípulos del liceo Bonaparte se excusó primero por razones de salud. Apenas podía salir; el movimiento de los coches le hacía daño. Casi se hizo llevar al Senado para hablar de las bibliotecas populares.

¿Además, me dice, acaso conozco yo á los antiguos alumnos; á los camaradas? ¿Acaso me conocen? ¿Me tienen algún cariño? Jamás he recibido una prueba de amabilidad, ni una sola de parte de esos camaradas. Me han olvidado hasta el día en que he sido célebre. La víspera de mi elección como Académico, ni siquiera creían que tenía talento. Sólo se han inclinado ante este título: *Académico*. Estas fraternidades son facticias. ¡Qué reserven á otro la honra que me decretaban!

Es la misma frase de los *Labadens*² de Labiche: « ¡es curioso cuán pocas cosas hay que decirse cuanto no se ha visto uno desde hace veinte años! »

En el fondo Sainte-Beuve era hombre de humor desagradable. No es extraordinario que se atrajese algún duelo, y, vamos al último cristal :

Siendo el ingenioso crítico redactor del *Globo*, tuvo un día una disputa con uno de los propietarios del periódico, el Sr. Dubois. Habiéndose juzgado necesario un lance, acudieron al terreno. Llovía á torrentes. Sainte-Beuve había llevado su paraguas y unas pistolas dignas de figurar en el museo de Cluny; databan del siglo xvi. En el momento de hacer fuego pretendieron los testigos exigir de Sainte-Beuve que cerrase su paraguas; se resistió á ello enérgicamente, diciendo colérico: «No tengo inconveniente en que me maten, pero no quiero constiparme.» Hubo que ceder y Sainte-Beuve se batió con el paraguas abierto. Se cambiaron cuatro balas, felizmente sin resultado. Como decía Goncourt hace poco, en todas las grandes acciones de Sainte-Beuve hay un paraguas.

1. Esta interjección que indica desconfianza, temor de algo desagradable, no figura ni en el Diccionario ni en la Gramática de la Academia. Tampoco el grito *hu! hu! hu!* que equivale al *hurra!* de los extranjeros, y que cita Cervantes como cosa corriente cuando D. Quijote visitó la escuadra en Barcelona. (D. QUIJOTE II parte, cap. LXIII). (N. del T.)

2. *Labadens*, director de un colegio, personaje de la comedia de Labiche: *L'affaire de la rue Lourcine*. Hoy significa: antiguo compañero de colegio. (N. del T.)

Pero si equivale á aplicar á Sainte-Beuve su propio método, el exhumar al hombre al mismo tiempo que la aureola del escritor, éste aparece en la gloria que iluminan el genio y el trabajo. Es el más grande, si no el más potente de los críticos. Penetró, comprendió y explicó un número prodigioso de espíritus distintos del suyo. Renovó la crítica, no en el sentido de la elevación, sino en el de la profundidad, agregando á ella el lirismo de un temperamento resuelto y fogoso que se reveló en sus poesías, en una novela autobiográfica, en unas cartas de amor dirigidas á la Sra. V. Hugo (1834-1837)¹, ó á la Sra. d'Abouville (muerta en 1850) y en su manera personal de considerar las obras de los demás, de sentirse penetrado é impresionado por ellas, como el artista ante un sitio ameno de la naturaleza. Ha inspirado en el arte, la vida, la verdad y la curiosidad, y se vanagloriaba felizmente de ello, dirigiéndose á Ernesto Bersot :

El arte, y sobre todo el arte moral, es difícil de manejar y sólo vale lo que vale el artista. Después de esto ¿no es necesario romper con ese falso convencionalismo con ese *cant* que se hace que juzgue á un escritor, no con arreglo á sus intenciones, sino á sus pretensiones. Ya era hora de acabar con esto. ¡Cómo! ¿No he de ver en el Sr. de Fontanes, sino al universitario cortés, noble, elegante, respetable, religioso y no al hombre vivo, impetuoso que era en realidad? ¡Hace treinta y cinco años y más que estoy viendo á Villemain, tan gran talento, tan brillante ingenio, tan adornado y empavesado con sentimientos generosos, liberales, filantrópicos, cristianos, civilizadores, etc., y con el alma más sórdida y más perversa que existe! ¿Qué hay que hacer en definitiva?... Hay que dejarse engañar ó engañar á los demás. Los literatos, los historiadores y los predicadores moralistas ¿no son según eso, sino comediantes que no tenemos derecho á estudiar fuera del papel que han adoptado? ¿Ó bien es permitido, una vez que conoce uno bien al sujeto, venir atrevida aunque discretamente á meter el escalpelo y á indicar su lado flaco, mostrar los puntos de sutura entre el talento y el alma, alabar el uno, pero señalar también el defecto de la otra que se echa de ver hasta en el talento mismo, y en el efecto que produce á la larga? ¿Perderá algo en ello la literatura? Es posible, pero ganará la ciencia moral. (Mayo de 1863.)

Sainte-Beuve renovó un género y fué mayor reformador é innovador en materia de crítica que ningún otro de sus contemporáneos en su género respectivo. Edmundo About decía : « El periódico es como los pastelillos : hay que comerlos á la boca del horno. » Si la literatura de Sainte-Beuve gusta al cabo de tantos años, es porque no se trataba de pastelillos. Sus artículos apenas pertenecen al periodismo.

Por el contrario, Augusto Vacquerie, en el *Rappel*, poseyó la ciencia de los ataques amenazadores y de las fórmulas decisivas lanzadas como con una honda.

1. Estas cartas que Sainte-Beuve debió destruir y que, por el contrario, preparó cuidadosamente para la publicación, no honran mucho su memoria y revelan pequeñez de alma.

Normalista, volteriano, de ingenio más ágil que vigoroso, turbulento é impertinente, netamente anticlerical, independiente, condecorado por el Imperio, Edmond About hizo las delicias de los lectores del *Figaro*, del *Moniteur*, de la *Opinion nationale*, del *Gaulois* y del *XIX^e Siècle* que él fundó. Después de la guerra de 1870, este hijo de Lorena hizo con su patriotismo y su republicanismo naciente una amalgama de la que brotaron hermosas chispas en brillantes artículos numerosos y fuertes, más agradables tal vez en la forma que sólidos en el fondo.

Desiré Nisard llevó al *Journal des Débats* y al *National* su espíritu sistemático y penetrante, sabiamente hábil para comprender los autores que le permitía estudiar su intransigencia puramente clásica. Scherer, un protestante de espíritu liberalmente abierto y atrevido, analizaba con su estilo impecable las literaturas extranjeras y las obras de nuestros grandes filósofos.

Pero la crónica reclama nuestra atención y nos aleja de esos espíritus moderados y prudentes. Villemessant es todo cascabeles y fusta. Vendió cintas en provincias antes de hacer folletines de modas en París. Después de 1848, probó sus fuerzas en la sátira y se estrenó en la crónica de París en la carrera de la ironía, en la que iba á ser consumado maestro en el *Figaro* « contando las cosas del *demi-monde* á la gente de la buena sociedad » y charlando sobre quisicosas lo cual constituía la única diversión permitida en tiempo del Imperio. El gobierno concedió su apoyo á este periódico que impedía al público fastidiarse y reflexionar. Ligero, burlón, fútil, sobresalió en el género que definió netamente el día en que declaraba : « Un perro aplastado en los bulevares es más importante que un grande hombre que muere en Nueva York. »

Cuando la oposición alzó la cabeza, dejó á sus redactores, en particular á Enrique Rochefort, burlarse de los hombres y de las cosas, transformó el *Figaro* en periódico político y creó el *Petit Figaro* de género enteramente literario. El Imperio se desembarazó de sus ataques comprándolo. Después de la guerra, se consagró á defender al conde de Chambord á quien fué á ver á Frohsdorf y del que decía á su vuelta : « Es un terranova que no se atreve á echarse al agua. »

Tenia muy triste idea de su público, considerándole como un verdadero animal al que hay que entretener y mantear. Enseñaba una carta de un suscriptor que, advertido por el *Figaro*, de que un anuncio financiero recomendado con demasiada ligereza, carecía de garantías, le escribía : « Doy á Ud. las gracias por haberme puesto en guardia. Iba á comprar mil francos de acciones. Pero como el negocio es malo, tenga Ud. la bondad de no comprarme sino por quinientos francos. »

Fué un parisiense puro, si se acepta la definición tan conocida : « Un

escéptico con el gabán de un cándido. En el fondo, era bueno. Se compadecía de la suerte de María Antonieta y socorría á los amigos que se hallaban apurados.

He aquí á su lado á Roqueplan, el destilador perverso de la *parisina*, tipo vivaracho del cliente del bulevar para quien la Ópera y el Vaudeville eran las aduanas de París; que se vestía en su casa de rojo, calzado con grandes mocasines bordados « y que tenía el aspecto medio de verdugo, medio de Ojibervas ». En el *Figaro* y en el *Constitutionnel*, observaba y pintaba á los hombres y á las cosas como escéptico burlón y hasta creaba palabras como la de *lorette*¹.

Todos los barrios nuevos, tienen un destino bastante curioso, escribía. La necesidad de dar lo más pronto posible apariencias de vida y de movimiento á sus edificios frescos y solitarios, hace que los propietarios de casas nuevas se muestren poco exigentes en cuanto á la solvencia de los inquilinos, y los porteros, más tolerantes respecto á su moralidad. Arrojadadas de los barrios serios, las personas más ó menos jóvenes que se entregan á la perdición de los hijos de familia, se refugian en esas construcciones fantásticas estilo Edad Media, Renacimiento, italiano ó español, que, formando, una especie de ciudad nueva, parten de la calle Laffitte hasta la calle Blanche incluso las calles Neuve-Saint-Georges, La Bruyère, Bréda, y Navarin, toma su nombre de la calle principal Notre-Dame-de-Lorette. El conjunto de esas calles ha recibido el nombre de *barrio de las loretas* y por extensión, todas las señoritas que secan las casas nuevas, reciben en el lenguaje de la galantería el nombre de loretas.

Se sentía por lo demás la necesidad de reemplazar con otra palabra el antiguo, feo é impropio nombre que se les daba, puesto que ya han desaparecido y en una época en que cuatro familias de procuradores se reúnen para abonarse á un palco de la ópera, y en que la mezquindad y la avaricia son virtudes públicas, resulta muy ridículo tomar á su cargo la felicidad de cualquiera. Ya no hay pues más que *loretas*.

Dotado de una actividad que no logró cansar la dirección de una media docena de teatros, se le veía en todos los cafés de moda, en todos los teatros; fué el árbitro de las elegancias y uno de los príncipes del dandismo.

Aún enseñan en San Rafael, en frente del Oustalet dou Capelan que habitó Gounod, una casa oculta como un nicho en la verdura silenciosa y sumida en el recogimiento en presencia del mar azul. Es *la Casa Cerrada*, el último abrigo de Alfonso Karr, el padre nutricio de las *Avispas*.

1. Nombre que designaba á las jóvenes de costumbres ligeras. llamadas hoy *demi-mondaines*. (N. del T.)

Pertence al periodismo por sus artículos del *Figaro* y sobre todo por sus *Avispas*, en un principio vivas, chispeantes, ingeniosas y picantes; sin embargo envejecieron y al fin sólo hicieron oír monótonos *zumbidos*. Tenía humorismo, fantasía y mordacidad. Ha dejado pensamientos llenos de verdad; como éste: « El oficio de escribir y el de gobernar son los únicos que el hombre se atreve á ejercer sin haberlos aprendido. » Repetía, expresándole con menos vigor, pero no sin acierto, el pensamiento de Pascal: ¿ *por qué me matáis?* »

Se adora la gloria militar que consiste en matar sin odio, sin motivos, al mayor número posible de hombres, nacidos bajo otro cielo, y esto en condiciones tan singulares que, si mañana se somete un país después de haber sido suficientemente devastado, se convierte en un crimen castigado por las leyes por el horror y por el desprecio universal, el matar á uno sólo de sus habitantes á quienes poco antes era tan glorioso destruir.

Tuvo hallazgos felices, como su famosa frase á propósito de la abolición de la pena de muerte: « ¡ Qué empiecen los señores asesinos! » Su talento se compone de ingenio y de dulce filosofía: « Se quejan de que las rosas tengan espinas; por mi parte considero una felicidad que las espinas tengan rosas. »

No le fué bien en política; al fin se retiró como un sabio, se dedicó á la pesca, hizo un tratado de este arte, desarrolló el cultivo de las violetas, descubrió á Etretat y después á Saint-Raphael y se consagró á la agricultura. Cuando aparecieron sus últimos artículos ya no se acordaba de él mucha gente; produjo el efecto de un aparecido. Por otra parte eran tan anodinos que se hizo correr la noticia de su muerte y decían que su cocinera abusaba de su nombre para escribir sus chismes de vecindad y sus memorias.

Del mismo modo que en nuestros días, la carta telegrama ha matado el estilo epistolar, la información por medio del telégrafo ha dado el último golpe al género amable de la crónica que ilustraron, después de la Sra. de Sévigné, Colnet y de Jouy, Guinot de Pontmartin, Paul d'Ivoy, Altaroche, Taxile Delort, Villemot, con su endiablada facundia tan lindamente retratada por Edmundo About en sus cartas á su prima Magdalena:

¡ Qué excelente hombrecillo! Nos contaba las historias más graciosas sin que hubiera necesidad de hacer salir á nadie del salón. Tenía extraordinario ingenio, sin hablar mal de nadie. El abuelo le escuchaba frotándose las manos y me decía de vez en cuando: « Valentin, si llegas á escribir alguna vez en los periódicos, procura parecerte á Villemot. »